

# Jubileo y vulnerabilidad

Cuando este año la última hoja del calendario caiga dando fin a la década, al siglo y al milenio, los computadores cambiarán de dígitos, habrá champaña, vinos de seis litros, pinta dominguera, ducha larga, cábalas y mucho apuro. Ansiedad y esperanza. Y la Iglesia en medio de todo esto querrá celebrar junto a todos los hombres y mujeres el acontecimiento fundamental de la Historia: el hecho de que hace 2.000 años, Dios en la persona del Hijo haya tenido a bien nacer en medio de toda la humanidad. Júbilo, alegría. *Mensaje*, en este mes en que cumple 48 años, ha querido adelantarse a dicha fiesta, echar una mirada a la casa, a la pista de baile, al jardín, no sólo al de adelante sino también al de atrás, al de los trastos empolvados. Fiel al espíritu de su fundador, más aun, fiel a la espiritualidad de encarnación que la anima, esta revista, auscultando los *signos de los tiempos*, se ha preguntado cuáles pueden ser los motivos ciertos de nuestra alegría: ¿qué está sucediendo en nuestros procesos sociales, políticos y culturales que pueda significarnos un júbilo real y profundo? Y cada vez que no ha encontrado en su examen de la realidad motivos para alegrarse, *Mensaje* se ha preguntado qué tendría que suceder para que los hubiese. En este número especial, la revista ha querido ser crítica y propositiva, ayudar al diálogo, dar que pensar. En una palabra, ha deseado ser profética. Así hemos querido sumarnos a la reflexión que realizan otros hombres y mujeres de buena voluntad, aquellos que están pensando el país, teniendo en el horizonte la celebración de su bicentenario.

### EL TEJIDO DE LA HISTORIA

Este fin de año tan simbólico puede ser una oca-

sión privilegiada para que tomemos en nuestras manos la historia vivida, y haciendo memoria de nuestros procesos como nación, podamos entrar en el Tercer Milenio con mayor dignidad y señorío. Atrevámonos a hacerlo. Miremos nuestra historia para descubrir los caminos que se nos abren, los signos de esperanza, pero también para desenmascarar aquellos núcleos duros que siguen intentando obstruirnos el camino. El mal no es algo o alguien que venga de fuera, ni tampoco es creado por unos o por otros, sino que nace del tejido histórico que hemos hilvanado entre nosotros. Y es ese tejido el que nos ahoga, y por eso hay que rehacerlo. Y para ello hay que situarse en medio de sus hebras y junturas y retejerlo a golpes de virtud. Aprendamos de lo que hemos vivido, sabiendo que todos somos responsables. Más aun: reconozcamos que el ser humano es fundamentalmente un ser histórico y solidario, es decir, que se hace en solidaridad —lo quiera o no— con la historia que otros han realizado, que forma intrínsecamente parte de dicha historia y que se enriquece si asume esa fundamental solidaridad.

En este siglo que comenzó y parece finalizar en crisis, ha existido en nuestro país una constante voluntad de cambio plasmada en diversos proyectos que, con sus altos y bajos y en una estable fragilidad, intentaron construir una mayor justicia. Dicha voluntad de cambio no ha estado exenta de grandes polaridades y conflictos. Iglesia-Estado, católicos-masones, derecha-centro-izquierda, democracia-dictadura, etnias-Estado, etc. Sin duda, ha sido un siglo conflictivo. ¿Cómo lo podemos asumir?

Si bajásemos las defensas, si reconociésemos que nos necesitamos los unos a los otros, si aceptásemos que todos somos vulnerables y no por eso somos me-



nos hombres o menos mujeres, podríamos aprender de nuestra historia. Podríamos abrirnos a lo que parece ser una conquista mundial definitiva que se ha dado en medio de los más terribles y cruentos genocidios: el valor irreductible de los Derechos Humanos, el alto precio de la dignidad humana, de la persona. Juntos podríamos acoger uno de los mayores signos de los tiempos que ha establecido la Iglesia, fiel a su Maestro: la opción preferencial por los más pobres. Podríamos recordar y conmemorar con gozo que ha sido la Iglesia latinoamericana especialmente la que ha colocado al más pobre, al más pequeño, como lugar hermenéutico de toda reflexión y de toda acción: *la Gloria de Dios es que el pobre viva* (Monseñor Romero). Así podríamos reconocer humildemente que no fuimos capaces de entrar en el Tercer Milenio habiendo vencido la miseria.

#### CIERTA SOSPECHA NOS HABITA

El contexto de fin de milenio parece encontrar-nos a todos los seres humanos, en mayor o menor medida, desencantados. Tal vez sea cierto que estamos en medio —y más allá— de la crisis de la Modernidad, pasando a un nuevo paradigma con todo lo desestabilizador que esto puede ser. Acaso todos tengamos que aceptar que nos habita una cierta sospecha, una duda radical acerca de nuestras posibilidades en cuanto humanidad, de crecer en dignidad. A lo mejor sentimos que, efectivamente, el largo intento por realizar los ideales de la Revolución Francesa ha fracasado. Quizás el anuncio del “fin de la historia” nos hace sentir, sin convencernos demasiado de que sea un logro por celebrar, que la historia, entendida como la evolución progresiva de las instituciones humanas, llegó efectivamente a su fin con la Democracia y la economía de Mercado. La evolución podría venir a partir de las ciencias de la naturaleza que siguen innovándose, pero esto parece no alimentar demasiado nuestra imaginación como para aplacar nuestra incomodidad. Además, los ambientalistas se encargan de recordarnos los descalabros ecológicos: que estamos convirtiendo, por ejemplo, el mundo en una gran cámara de gas, en un Auschwitz total. Pareciera que efectivamente asistimos a la clausura de una época, la histórico-metafísica, la del logocentrismo, aquella que, como dicen algunos filósofos, ha negado permanentemente en

Occidente la diversidad y la diferencia, aspectos que el Concilio Vaticano II reivindicó con el reconocimiento de las Iglesias particulares. ¿Qué hacer en un tal contexto? ¿Cómo celebrar con júbilo nuestra historia como civilización occidental? ¿Cómo hacernos cargo de la sospecha, de la duda que subyacen en nosotros, aunque las disfracemos con ropajes triunfalistas de diverso corte: espiritualistas, economicistas, tecnologicistas?

#### ¿TIEMPO PRIVILEGIADO?

Con todo, quizás estemos como Humanidad en el momento privilegiado de realizar nuestra constitutiva historicidad desde la vulnerabilidad, desde una apertura que acepte la diferencia, la alteridad. Tal vez estemos en un período histórico donde la opción entre vivir así: vulnerables, abiertos, solidarios, y sus contrarios, se hace cada vez más aguda. Acaso sea también un momento privilegiado para la Iglesia —fieles y jerarquía— para recordar lo propio de la historicidad cristiana: la comunión con un Dios liberador, un Dios de la Historia, un Dios que es Misión, que sale de sí para darse y dar sentido a los procesos humanos desde esos mismos procesos, desde sus búsquedas, y que lo hace desde abajo, para dar mayor vida y para dársela a todos. Un Dios que es diversidad amorosa, que nos enseña que nuestra salvación está vinculada a toda la creación (Rm 8,21). Quizás sea el tiempo propicio para que la Iglesia no se considere “sagrada” ni triunfalista frente a un mundo en crisis, sino para recordar que ella también se construye en la historia junto a los hombres y mujeres, y que en este caminar de común historicidad su misión es hacerse servidora, esto es, ofrenda humilde del sentido cristiano de la historia, aquél que la ha llevado a dignificar a la persona, a abolir la esclavitud, a poner el perdón fruto de la verdad y de la justicia como actitud básica de hermandad.

Ciertamente, recordar a este Dios que tuvo a bien hacerse vulnerable y solidario hasta el extremo, asumiendo todo lo humano sin evitarse nada, salvo la negación de la vida, y hacerlo en este período que nos toca vivir, para volvernos hacia toda humanidad queriendo tener las mismas actitudes de Jesús, puede ser un gran motivo de júbilo para todos.

Octubre de 1999

